

Los  
que  
encontré  
en  
el  
camino

José María  
Millás  
Vallicrosa

por Camilo GEIS, pbro.

Nos conocimos, en el año 1951, en Barcelona, en el despacho del editor Torrell de Reus. El estaba, en aquellos momentos, corrigiendo pruebas del libro que dicho editor le estaba imprimiendo y que, al cabo de poco, salió a la luz pública bajo el título de «Poesías Religiosas».

Le conocí, como he dicho, en Barcelona, a pesar de nuestra procedencia de tierras gerundenses: él había nacido en Santa Coloma de Farnés, durante el año 1897; y, a pesar de haber estado yo muy relacionado con familiares suyos, en La Sellera, donde mi biografiado tenía una hermana casada con mi gran amigo, prematuramente perdido, Domingo Perecaula, farmacéutico y hombre de extensa cultura, y donde yo residí durante 2 años ejerciendo el cargo de Organista de la Parroquia y maestro municipal de música. Es explicable que no nos reconociéramos allí con Millás Vallicrosa, puesto que, a la sazón, él ya vivía en Barcelona, en pleno auge de sus actividades universitarias.

Después, siempre que nos vimos, fue, sea, en tertulia literaria, en casa del citado editor barcelonés, sea en manifestaciones de cultura en la Ciudad Condal.

He dicho que nos conocimos cuando él estaba repasando pruebas de su libro «Poesías Religiosas». El eminente profesor de lenguas semíticas, profundo investigador y erudito historiador ¿era también poeta?

En la presentación, a guisa de prólogo, se aprecia lo que aquel libro de poesías representaba en su vida de profundo creyente y gran conocedor de la poesía hebrea.

Decía: «Estas POESÍAS RELIGIOSAS representan los momentos de más culminación de mi espiritualidad cristiana. Nacidas, hace ya largos lustros, cuando aún me sonreía la juventud, hanse cerrado ahora, cuando ya me espía el otoño de la vejez. Son ráfagas de exultación adorante, crepúsculos de contrición, albos y añoranzas de leticia espiritual, salidos a la luz libremente, como las flores en primavera, por la propia tensión interna que las anima. Fueron

alumbradas, ya bajo las naves del templo, al socaire del altar, o ya en plena naturaleza, porque —gracias a Dios— siempre he sentido esta como escenario de los amores divinos, cuyas galas son a modo de arras ofrecidas por Dios al espíritu humano.»

Tengo para mí que su poesía es un eco de la poesía hebraica, con la que muy tempranamente se familiarizó en su vida de estudioso estudiante. Ya lo insinúa también él cuando dice, en el citado prefacio, que la forma que usa en sus poemas «es una forma vecina del versículo bíblico».

Uno encuentra extraño que, procedente de una región catalana donde el habla popular se conserva más rica y pura que en otras comarcas, no expresara sus mociones y afectos líricos en la lengua de su terruño, siendo así que hace uso de ella en otras publicaciones no precisamente de creación artística. ¿Por qué se expresó en esta especie de Salterio en la lengua de San Juan de la Cruz y no en la lengua de Ramon Llull? Tal vez encontraríamos la razón en la misma calidad de la poesía: como he dicho es una especie de Salterio; uno tiene la sensación de estar leyendo salmos, no ya de inspiración davídica, sino de inspiración cristiana. Es a través de sus trabajos universitarios que él iría embebándose de la poesía hebraica; es a través de sus traducciones al castellano que él se habría ido ejercitando en la expresión de sus sentimientos religiosos. Y el paralelismo de la poesía hebraica se habría incorporado al acervo de su cultura literaria a través de sus trabajos de estudiante universitario.

Estudió en la Universidad de Barcelona, donde, más tarde, profesaría, en la Facultad de Filosofía y Letras. Se licenció, primero, y se doctoró, después, con premio extraordinario.

Al cabo de poco de terminar sus estudios, se incorporó a la Universidad como profesor ayudante en la cátedra de árabe.

La «Mancomunitat de Catalunya» le concedió una pensión para que se trasladara a Madrid a estudiar los textos de los escritores árabes relacionados con la Historia de Cataluña, pensión que le fue ampliada para continuar sus investigaciones en Marruecos.

En 1925, obtuvo la cátedra de Lengua Hebrea en la Universidad de Barcelona. Dos años más tarde, obtuvo la de Madrid, donde permaneció hasta que, en 1932, se reintegró a la de Barcelona.

Fue un profesor extraordinario, vocacionalmente entregado a la enseñanza de las materias que tan profundamente dominaba.

En 1953 entró a formar parte de la Academia de Buenas Letras, y su discurso inaugural versó sobre «La transmissió de la ciència oriental a Europa a través d'Espanya».

Fue colaborador de la «Fundació Bíblica Catalana — Fundació Cambó — y en ella participó en la versión de los dos primeros volúmenes de la Biblia, y para la «Biblioteca Hebraico-Catalana», dependiente también de la «Fundació Cambó», tradujo «Llibre revelador» y «Llibre de Geometría» de Abraam Bar Hila.

Es autor de «Textos d'historiadors aràbics relatius a la història de la Catalunya Carolíngia»; «Textos màgics aràbics del nord d'Àfrica», publicación dada a conocer inicialmente en árabe; «Un manuscrit hebraic valencià»; «Documents hebraics dels jueus catalans»; «Assaig d'història de les idees físiques i matemàtiques a la Catalunya Medieval», obra premiada al «Concurso Patxot 1924»; «D'epigrafia hebraico-catalana»; «La poesia sagrada hebraico-espanyola», estudio repetidamente reeditado; «Las traducciones orientales en los manuscritos de la Catedral de Toledo»; «Estudios sobre la Historia de la Ciencia Española»; «Las inscripciones hebraicas de España»; «Taules astronòmiques de Pere el Cerimoniós», obra que fue editada en catalán, en hebreo y en latín, que obtuvo el «Premio ciudad de Barcelona», en 1963, «Historia de Sta. Coloma de Farners» premiada en el concurso del milenario de su villa natal...

Además del antedicho Premio Ciudad de Barcelona, había obtenido otros importantes galardones, entre los cuales cabe destacar: el «Premio Francisco Franco», concedido en 1941 por el «Consejo Superior de Investigaciones Científicas», y el «Premio Letras», otorgado en 1959, por la «Fundación March».

Estaba en posesión de la Gran Cruz de Alfonso el Sabio, era miembro de la Orden de San Gregorio y pertenecía al «Consejo Superior de Investigaciones Científicas».

Colaboró en diversas publicaciones y revistas y, últimamente, era asiduo colaborador de «El Correo Catalán».

No pretendo haber escrito una biografía exhaustiva de tan insigne personalidad del Mundo de Nuestra Cultura, pero sí haber contribuido a darla a conocer como merece.